



*“¿Por qué a mí, Señor, por qué?” Preguntaba al Señor con la ingenuidad y la rebeldía de mi corazón joven ¿por qué entras en mi vida de esa manera? ¿No ves que tengo otros planes y que mis sueños no coinciden con los tuyos? Los míos son jóvenes, ilusionados, nada que Tú ignores... los tuyos arriesgados y me van a desestabilizar. ¿Por qué a mí, Señor, por qué? Seguí preguntando años después, ¿no ves que valgo poco? Era admiración. Y la admiración rima con la sencillez, con la confianza rendida de un niño, de un adulto consciente de su pequeñez. Admiración, fragilidad asumida y serena, capaz de añadir ternura y esperanza a la rebeldía.*

*Y el Señor me lanzó por los caminos de la misión, en comunidad con otros hermanos que no busqué, me fueron regalados. Busqué la misión y encontré una comunidad de hermanos para vivirla. Es la comunidad quien evangeliza con su testimonio de vida fraterna, abierta, solidaria, acogedora...*

*Y con el tiempo -por los caminos del Camerún- rostros numerosos se han ido grabando para siempre en mi corazón, rostros concretos que esconden luchas, sufrimiento, fortaleza, esperanza y mucha vida. He escuchado, me he dejado afectar, he luchado por y con personas desfavorecidas, he aprendido a ser más misericordioso y mi sentido de pertenencia a una humanidad concreta se ha hecho más abierto y universal.*

*Y en la travesía de la misión, oyes la misma voz que fortalece e ilumina el cansancio, las dudas, el futuro: “no temas”. De día o de noche, en el gozo o en la soledad: “no temas, yo estoy contigo”. Camina. Y tu corazón cansado piensa a veces: “En viento y en nada he gastado mis fuerzas...”. Sí, mis manos están casi vacías. Y sigues oyendo: camina. Las semillas pesan poco, siembra, déjalas caer por el camino, abre las manos, ¡es tan fácil! Camina y siembra. No mires hacia atrás, los frutos no te pertenecen.*

*He descubierto un Dios misericordioso que en su paciencia “histórica”, divina comprende y acompaña nuestro humano caminar tan necesitado de esperanza. Ese “Alguien” que desde el principio me habló al corazón, me sedujo y empujó, con suavidad y fuerza al mismo tiempo... y sonriendo serenamente, murmuras lleno de paz: “He visto al Señor”.*